



El ardiente deseo de la santidad que transforma el alma

Entre las palabras más profundas y exigentes que salieron de los labios de Nuestro Señor Jesucristo, encontramos una bienaventuranza que muchas veces se malinterpreta o se reduce a un simple deseo de justicia social o de equilibrio humano. Sin embargo, su significado es mucho más alto, más profundo y más sobrenatural.

Cristo dijo en el Sermón de la Montaña:

“Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados” (Mateo 5, 6).

Estas palabras no hablan simplemente de quienes desean que el mundo sea más justo según criterios humanos, ni solamente de quienes luchan contra la injusticia social —aunque esto también tiene su lugar—, sino principalmente de aquellos que arden interiormente por crecer sin descanso en la gracia de Dios, en la santidad y en el ejercicio constante de las buenas obras.

Tienen hambre y sed de justicia los que desean intensamente agradar a Dios, vencer el pecado, vivir en amistad con el Señor y avanzar continuamente en el camino de la perfección cristiana.

Esta bienaventuranza no describe una emoción pasajera, sino una actitud permanente del alma.

Hoy más que nunca, en una sociedad que ha confundido la justicia con ideologías pasajeras y la moral con opiniones personales, necesitamos redescubrir el verdadero sentido de esta enseñanza evangélica.

Porque la justicia de la que habla Cristo no es primero política: es espiritual.

Y esa hambre no se calma con aplausos del mundo, sino con la posesión de Dios.



La justicia según el Evangelio

Cuando escuchamos la palabra “justicia”, solemos pensar en tribunales, leyes, castigos o derechos humanos. Pero en el lenguaje bíblico, especialmente en el Evangelio, justicia significa algo mucho más elevado.

La justicia, en sentido evangélico, es la rectitud del alma delante de Dios.

Es vivir según Su voluntad.

Es dar a Dios lo que le corresponde: adoración, obediencia, amor, fidelidad y entrega.

Es también dar al prójimo lo que le debemos: caridad, verdad, respeto y misericordia.

Pero, sobre todo, es estar en gracia.

Un alma justa es un alma unida a Dios.

Por eso, cuando Cristo habla de tener hambre y sed de justicia, está hablando del deseo ardiente de la santidad.

San Agustín explicaba que esta hambre es el anhelo de la perfección espiritual, esa insatisfacción santa que hace que el cristiano nunca se conforme con una vida mediocre.

No basta con “no hacer el mal”.

El alma que ama verdaderamente a Dios quiere hacer todo el bien posible.

Quiere crecer.

Quiere parecerse más a Cristo.

Quiere vivir plenamente para el cielo.

Esa es la verdadera hambre.

Esa es la verdadera sed.



Hambre y sed: un deseo intenso, no superficial

Jesús no dijo simplemente:

| *“Bienaventurados los que desean justicia”*

sino:

| *“los que tienen hambre y sed”.*

Y esto cambia completamente el sentido.

El hambre y la sed son necesidades vitales.

No son caprichos.

No son gustos.

No son aficiones opcionales.

Son urgencias profundas.

El que tiene verdadera hambre piensa en el alimento.

El que tiene verdadera sed busca desesperadamente agua.

Así debe ser el deseo de santidad en el alma cristiana.

No como una idea bonita.

No como una práctica ocasional.

No como una costumbre de domingo.



Sino como una necesidad interior.

Muchos quieren a Dios... pero sin demasiado esfuerzo.

Muchos desean el cielo... pero sin renunciar al pecado.

Muchos admiran la santidad... pero no quieren el sacrificio que exige.

Eso no es hambre.

Eso no es sed.

El verdadero discípulo de Cristo experimenta una santa inquietud.

Sabe que todavía ama poco.

Sabe que todavía reza poco.

Sabe que todavía se entrega poco.

Y por eso desea más.

No se conforma.

No se instala.

No negocia con la tibieza.

Tiene hambre.

Tiene sed.

Tiene sed de Dios.

Como decía el salmista:

“*Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo*” (Salmo 42, 2).



La tradición de la Iglesia y esta bienaventuranza

Los Padres de la Iglesia y los grandes doctores espirituales siempre interpretaron esta bienaventuranza en clave de santidad interior.

Santo Tomás de Aquino enseña que esta hambre de justicia es el deseo de la virtud perfecta y del cumplimiento pleno de la voluntad divina.

No se trata simplemente de evitar el pecado mortal, sino de aspirar a la plenitud del amor.

San Juan Crisóstomo afirmaba que Cristo no alaba a los que practican la justicia de manera fría, sino a los que la desean con pasión.

Es una justicia vivida con fuego interior.

No con obligación.

No con apariencias.

Sino con amor.

San Gregorio Magno explicaba que quien ama de verdad la justicia divina siente dolor por sus propias imperfecciones y anhela sin cesar una mayor unión con Dios.

Por eso los santos nunca se sintieron “suficientemente buenos”.

Cuanto más cerca estaban de Dios, más conscientes eran de cuánto les faltaba amar.

No porque vivieran angustiados, sino porque el amor verdadero siempre quiere crecer.

El mediocre se cree santo.

El santo sabe cuánto necesita a Dios.



La falsa justicia del mundo moderno

Vivimos en una época que habla muchísimo de justicia, pero que muchas veces ha olvidado completamente a Dios.

Se exige justicia social, justicia económica, justicia política, justicia histórica... pero se olvida la justicia del alma.

Se denuncia el pecado ajeno, pero se justifica el propio.

Se pide moral pública, pero se rechaza la conversión personal.

Se lucha por derechos humanos, pero se desprecia la ley divina.

Esto genera una gran confusión.

Porque sin Dios, la justicia termina siendo redefinida por el poder, la moda o la ideología dominante.

Hoy se llama bien a lo que ayer se llamaba mal.

Y viceversa.

Pero la justicia de Cristo no cambia.

No depende de encuestas.

No depende de gobiernos.

No depende de tendencias culturales.

Depende de la verdad eterna.

Tener hambre y sed de justicia significa querer vivir según esa verdad, aunque el mundo la rechace.

Significa preferir la fidelidad a Dios antes que la aprobación de los hombres.



Significa defender la verdad incluso cuando cuesta.

Significa elegir la cruz antes que la comodidad.

Y eso exige valentía.

Hambre de gracia: crecer continuamente

“Tienen hambre y sed de justicia los que ardientemente desean crecer de continuo en la divina gracia y en el ejercicio de las buenas obras.”

Esta expresión resume maravillosamente el sentido profundo de la bienaventuranza.

No basta con haber recibido la gracia.

Hay que crecer en ella.

La vida espiritual no es estática.

O avanzamos o retrocedemos.

No existe neutralidad.

El cristiano que deja de luchar comienza a enfriarse.

Por eso la Iglesia siempre ha insistido en la necesidad de la conversión continua.

Cada confesión bien hecha.

Cada comunión fervorosa.

Cada acto de caridad.

Cada sacrificio oculto.

Cada combate contra una pasión desordenada.



Cada acto de paciencia.

Cada renuncia por amor a Dios.

Todo ello hace crecer el alma.

Y quien tiene hambre de justicia desea precisamente eso:

no quedarse donde está.

Quiere más pureza.

Más humildad.

Más oración.

Más caridad.

Más verdad.

Más Cristo.

No por perfeccionismo humano, sino por amor sobrenatural.

Las buenas obras: fruto de esta hambre santa

La verdadera hambre de justicia no se queda en sentimientos interiores.

Produce frutos visibles.

El alma que desea a Dios actúa.

Ama.

Sirve.

Perdona.



Repara.

Ayuda.

Evangeliza.

Sacrifica.

Obedece.

Persevera.

Las buenas obras no son un adorno opcional de la fe.

Son su consecuencia natural.

Como dice Santiago:

┆ *“La fe sin obras está muerta” (Santiago 2, 26).*

No porque las obras “compren” la salvación, sino porque una fe viva necesariamente transforma la vida.

Quien tiene hambre de santidad no pregunta:

“¿Qué es lo mínimo que debo hacer?”

sino:

“Señor, ¿qué más puedo darte?”

Ese cambio de pregunta lo cambia todo.

El alma tibia busca el mínimo.

El alma enamorada busca el máximo.

Los santos no fueron hombres y mujeres de mínimos.



Fueron almas devoradas por el deseo de agradar a Dios.

¿Cómo saber si tengo hambre y sed de justicia?

Esta pregunta es necesaria.

Porque podemos vivir años dentro de la Iglesia y seguir instalados en una cómoda mediocridad espiritual.

Algunas señales de esta hambre santa son:

Sentir dolor sincero por el pecado.

Desear confesarse bien y con frecuencia.

Buscar momentos reales de oración.

Querer conocer mejor la fe.

Luchar seriamente contra los defectos personales.

No conformarse con una religión superficial.

Tener deseo de Eucaristía.

Amar la verdad aunque incomode.

Buscar la voluntad de Dios por encima del propio capricho.

Sentir que todavía queda mucho por amar.

No se trata de perfección inmediata.

Se trata de dirección interior.



De una orientación profunda del corazón.

El que tiene hambre de justicia puede caer, pero vuelve.

Puede cansarse, pero sigue.

Puede llorar, pero no abandona.

Porque sabe que fuera de Dios no hay verdadera vida.

“Porque ellos serán saciados”

Cristo no promete un camino fácil.

Promete plenitud.

┆ *“Porque ellos serán saciados”.*

No dice “aplaudidos”.

No dice “comprendidos”.

No dice “admirados”.

Dice “saciados”.

Y esto es infinitamente más grande.

El mundo ofrece placeres que entretienen, pero no sacian.

Éxito.

Dinero.

Prestigio.



Poder.

Reconocimiento.

Todo eso deja el corazón vacío cuando ocupa el lugar de Dios.

Solo Dios sacia.

Solo la verdad sacia.

Solo la santidad sacia.

Solo Cristo puede llenar el abismo del corazón humano.

Y esa plenitud comienza ya aquí, aunque imperfectamente, y alcanzará su consumación total en el cielo.

Los que tuvieron hambre de Dios en la tierra serán saciados eternamente en la visión beatífica.

Allí no habrá más lucha.

No habrá más pecado.

No habrá más sed.

Porque Dios será todo en todos.

Una llamada urgente para nuestro tiempo

Vivimos tiempos de tibieza espiritual.

Muchos bautizados sobreviven religiosamente, pero no arden interiormente.

Se ha perdido el sentido del combate espiritual.

Se ha normalizado la mediocridad.



Se ha rebajado la exigencia del Evangelio.

Pero Cristo no llamó a sus discípulos a una fe cómoda.

Los llamó a la santidad.

A la radicalidad del amor.

A la cruz.

A la perfección del Padre.

Hoy esta bienaventuranza suena como una llamada urgente:

Despierta.

No te conformes.

No vivas a medias.

No negocies con el pecado.

No reduzcas tu fe a una costumbre social.

Ten hambre.

Ten sed.

Busca a Dios con toda el alma.

Porque quien se conforma con poco termina perdiéndolo todo.

Y quien lo entrega todo por Cristo lo gana todo.



Conclusión: el santo inconformismo del cristiano

Tener hambre y sed de justicia es vivir con una santa insatisfacción.

No una tristeza enfermiza, sino un amor tan grande que nunca se conforma.

Es saber que Dios merece más.

Que podemos amar más.

Que podemos ser más santos.

Que todavía queda camino.

Es el inconformismo de los santos.

Es la nostalgia del cielo.

Es el deseo profundo de que Cristo reine completamente en el alma.

El mundo nos enseña a conformarnos.

Cristo nos enseña a desear el infinito.

Y por eso, hoy debemos preguntarnos con sinceridad:

¿Tengo realmente hambre de Dios?

¿Tengo verdadera sed de santidad?

¿O me he acostumbrado a una fe tibia y cómoda?

La respuesta a esa pregunta puede cambiar toda una vida.

Porque los santos no fueron personas extraordinarias por naturaleza.

Fueron personas que tuvieron hambre.



¿Quiénes son los que tienen hambre y sed de justicia? | 15

Y no dejaron de buscar hasta quedar saciados en Dios.